

## Mujeres eucarísticas del Kazakhstan

*Luis Alfonso Orozco*

*Profesor del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma*

Cuando en los años treinta del pasado siglo, el dictador comunista José Stalin mandó que fueran deportados millones de europeos, principalmente alemanes del Volga, a los Urales y a las amplias mesetas del Asia central, nunca llegaría a imaginar que indirectamente estaría impulsando el cristianismo en aquellas remotas regiones. Kazakhstan se convirtió entonces en un gran campo de concentración, y allí fueron a parar cerca de medio millón de católicos, debido a los desplazamientos forzados por el régimen comunista soviético.

Durante décadas los católicos, en su mayoría de etnia alemana, carecieron por completo de sacerdotes y de sacramentos, pero la fe no se apagó porque precisamente de la dura adversidad hicieron un motivo fortísimo para creer en Dios y esperar contra toda esperanza. La fe se mantuvo y se transmitió en los hogares, tal vez pobrísimos materialmente pero muy ricos de humanidad y de fe cristiana. Las mujeres y más en concreto las abuelas se encargaron de mantener viva la chispa de la fe en las comunidades.

**Anna Stang** es una de las muchas mujeres eucarísticas de fe inquebrantable de aquellas regiones, hoy libres, y que por décadas formaron parte de la Unión Soviética. Anna nació en 1909 en la parte alemana del Volga, en el seno de una numerosa familia católica. A los once años Anna perdió a su padre y algunos hermanos a causa de una epidemia de cólera. Poco tiempo después murió su madre y ella, joven de 17 años, se hizo cargo de sus hermanos menores. Mientras tanto la revolución rusa había triunfado y se iba recrudeciendo la persecución religiosa, en especial contra los sacerdotes ortodoxos y católicos en todo el territorio soviético.

Sin sacerdotes, ni sacramentos, los católicos se reunían en secreto en las iglesias desiertas para rezar. Anna comenzó a rezar de modo particular por los sacerdotes y misioneros. “Señor, danos de nuevo un sacerdote, danos la santa Comunión. Todo lo sufro gustosa por tu Amor, Sagrado Corazón de

Jesús”. Anna, al igual que muchas mujeres creyentes, hicieron el hábito de la comunión espiritual y ofrecían todos sus sufrimientos para que la comunidad contara de nuevo con pastores. En una noche de 1938 su hermano, junto con su marido fueron arrestados —llevaban siete años de casados- y no los volvió jamás a ver.

En 1942, en plena ofensiva militar alemana contra Rusia, Anna Stang y decenas de miles de alemanes fueron deportados a Kazakhstan, a miles de kilómetros de distancia. La acompañaban sus tres hijos, pues ella era viuda. Los rígidos inviernos, el brutal desarraigo de su tierra, los duros trabajos y la ausencia de sacerdotes para formarlos eran parte de su dolorosa cruz, mas nunca abandonaron la oración. Recuerda la Sra. Anna: “En la ciudad de Syrjanowsk encontré algunas mujeres de fe católica. Nos reuníamos a escondidas cada domingo y en los días festivos para cantar y rezar el Rosario. Yo suplicaba, ¡María nuestra querida Madre, mira cómo somos pobres. Danos de nuevo sacerdotes, pastores y maestros!”

Cuando en 1965 se mitigó la violencia comunista de la persecución religiosa, Anna Stang con otros creyentes pudo viajar una vez al año a la capital de Kirguistán, donde había un sacerdote católico en exilio. “El viaje era largo, más de 1000 kilómetros, pero para nosotras era una grande alegría. Por más de 20 años no habíamos visto un sacerdote ni un confesonario. El pastor de aquella ciudad era anciano y había permanecido prisionero durante más de diez años. Mientras me encontraba allí, me confiaron las llaves de la Iglesia, y así pude pasar largas horas de adoración. Jamás habría pensado de ponerme tan cerca del Sagrario. Llena de alegría y reverencia, me arrodillé y lo besé”.

Antes de regresar a su casa, Anna obtuvo el permiso de llevar la S. Comunión a los católicos ancianos de su localidad, quienes nunca podrían ir a recibirla en persona. “Por encargo del sacerdote, por treinta años en mi ciudad bauticé niños y adultos, preparé las parejas al sacramento del matrimonio y oficié los funerales, hasta que por razones de salud, ya no puede prestar este servicio”. En 1995 los tiempos habían cambiado sustancialmente y esta santa y venerable mujer recibió una de las mayores alegrías de su vida, cuando encontró por vez primera un sacerdote misionero en Kazakhstan. Lloraba de alegría y con gran emoción expresaba: “Ha venido Jesús, el Sumo Sacerdote”. Llevaba decenios rezando para que llegase un

sacerdote a su ciudad, pero a sus 86 años ya casi había perdido la esperanza de ver con sus propios ojos la realización de este profundo deseo.

En aquella ocasión memorable para Anna, como para otras santas mujeres de fe del Kazakhstan, la santa Misa fue celebrada en su casa y para recibir la santa Comunión esta mujer admirable de ánimo eucarístico y sacerdotal, durante todo el día no comió nada, queriendo así mostrar su profundo respeto a la eucaristía y su alegría por recibirla. Anna Stang descansa en la paz del Señor.

Para completar este testimonio, que por sí solo es una lección maravillosa y real de fe cristiana, añado el relato de un hijo de aquellos alemanes deportados del Volga. Se trata de Monseñor Athanasius Schneider, quien es el secretario general de la Conferencia Episcopal de Kazajstán y autor del libro *Dominus Est (Es el Señor): Reflexiones de un obispo de Asia Central sobre la Sagrada Comunión*. Mons Schneider refiere lo siguiente:

“Mi madre que vivió durante los tiempos de persecución, una vez salvó a un sacerdote de la policía en los Urales, a donde había sido deportada. En aquella época su madre, mi abuela, estaba muy enferma. Y cuando el sacerdote iba a partir, mi abuela le rogó a mi madre que pidiera al sacerdote que antes de irse, le dejara una hostia consagrada. Así, en caso de que mi abuela fuera a morir, podría recibir la Santa comunión. Y mi madre hizo esta petición al sacerdote. El sacerdote le dijo: “Sí, le dejaré una hostia consagrada con la condición de que administre la Santa Comunión con el mayor respeto posible”. Mi madre le dio la comunión a su madre y, para hacerlo, mi madre se puso un par de guantes blancos nuevos, para administrar la comunión, de manera que no tocara la hostia con sus manos desnudas. Ella no se atrevió a tocar el Santo Sacramento con sus manos desnudas, y utilizó una cuchara para administrarlo. Y esto era tan profundo y tan natural para nosotros que, cuando vinimos y vimos esto en las iglesias occidentales, no me asombré, pero sentimos mucho dolor en nuestra alma”.

Fuentes consultadas: agencia de noticias ZENIT.org, servicio del domingo 25 de julio de 2010; Congregatio Pro Clericis “Adorazione eucaristica per la santificazione dei sacerdoti e maternità spirituale”, 2010 (pp. 34-35). Traducción propia.